

Una lectura de Pedro Henríquez Ureña

Positivismismo independiente

Mario Saavedra

El caudal de la obra del filólogo Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) incluye, entre otros aspectos, el análisis de las diversas formas del español en nuestro continente, sus manifestaciones literarias y el trasfondo epistemológico de sus estudios basados en el positivismo. En esta semblanza de Henríquez Ureña, Mario Saavedra nos lleva por el periplo de su pensamiento, las vicisitudes de su nomadismo, que lo llevó de su natal República Dominicana a la Argentina, pasando por los Estados Unidos y el México de la generación del Ateneo, y nos otorga la huella inconfundible de uno de los ensayistas latinoamericanos más destacados.

Veo con verdadera melancolía el dinero que la nación gasta en sostener a Pedro Henríquez Ureña, un escritor sin el aliento de vida y de belleza, sin el divino impulso creador. Se concreta a repetir lo que otros han dicho ya de modo perfecto, y nos hace odiar la obra de arte interpretada por él. Yo aconsejo a la juventud: Huid de Henríquez Ureña como de la peste.

Rafael López

Maravilloso hombre, que fue tratado tan mal en este país como si hubiera sido argentino.

Ernesto Sabato

Pedro Henríquez Ureña (República Dominicana, 1884; Argentina, 1946) aparece como la figura más destacada y representativa dentro de una tradición literaria —la

dominicana— de más bien escasa nómina. Crítico y ensayista de gran penetración, en la medida en que buena parte de su obra permanece por la agudeza y la perspicacia de quien se definió a sí mismo como un “investigador paciente”, comparte también con su hermano Max la supremacía en materia filológica. Fueron de igual modo los primeros en escribir en su país poemas de corte modernista, aunque a ninguno de ellos se le recuerde hoy precisamente por su producción poética.

Hijo del médico de profesión Francisco Henríquez y Carvajal, quien además llegó a ser ministro de Relaciones Exteriores e incluso presidente interino de la República en su país (1915-1916) —desterrado al ser ocupada República Dominicana por los norteamericanos, organizó una acérrima campaña en pro de la soberanía nacional—, y de la poeta y educadora Salomé Ureña,

discípula de Eugenio María de Hostos, Pedro Henríquez Ureña sobrevive además como uno de los humanistas más significativos y preclaros de Hispanoamérica. A pesar de lo riguroso de su trabajo, de largos periodos de paciente y pausado acopio bibliotecario, en su formación se dio siempre tiempo para escuchar música, ver teatro, asistir a la ópera —su estancia en Nueva York fue muy provechosa en este sentido— y visitar museos.

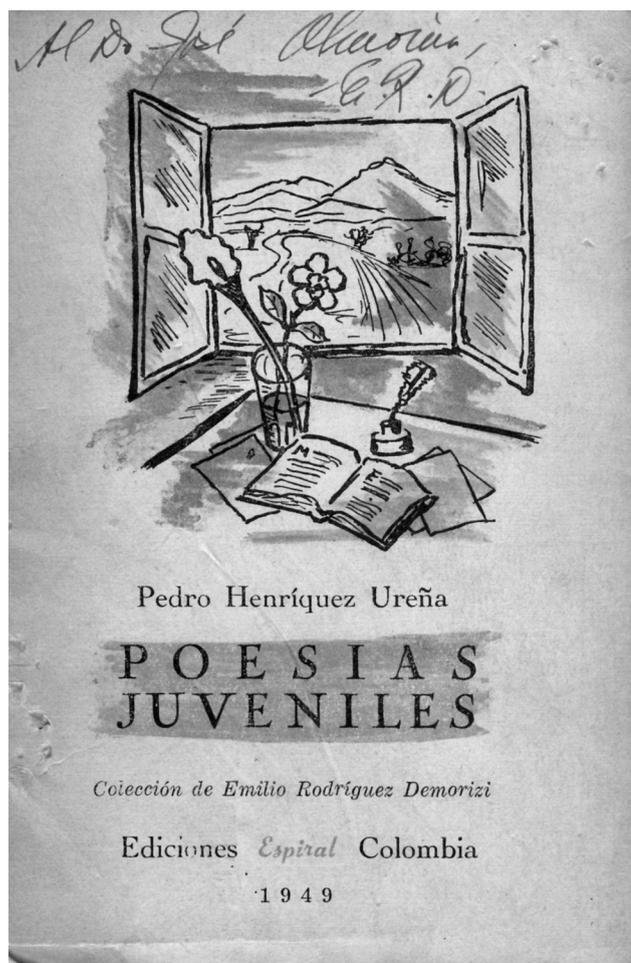
Entre otros, y dado de que pudo aprovechar el tener al maestro que se entregó con mayor denuedo a su vocación docente en Argentina, Ernesto Sábato ha dado relación amplia del que era el carácter pródigo y generoso de quien aparece como uno de los humanistas por excelencia de América Latina: discípulo suyo en el colegio secundario de la Universidad del Plata, y luego también muy cercano a él en la Revista *Sur*, de Silvina Ocampo y Bioy Casares, nos ha ofrecido el retrato más exacto del maestro dominicano, de su valor y de su altura:

Yo estaba en primer año, cuando supimos que tendríamos como profesor a un “mexicano”. Así fue anunciado y así lo consideramos durante un tiempo... Entró aquel hombre silencioso y aristócrata en cada uno de sus gestos, que con palabra mesurada imponía una secreta autoridad. A veces he pensado, quizás injustamente, qué despilfarro constituyó tener a semejante maestro para unos chiquilines inconscientes como nosotros. Arrieta recuerda con

dolor la reticencia y la mezquindad con que varios de sus colegas recibieron al profesor dominicano. Esa reticencia y esa mezquindad que inevitablemente manifiestan los mediocres ante un ser de jerarquía acompañó durante toda su vida a Henríquez Ureña, hasta el punto de que jamás llegó a ser profesor titular de ninguna de las facultades de letras... Aquel humanista excelso, quizás único en el continente, hubo de viajar durante años y años entre Buenos Aires y La Plata, con su portafolios cargado de deberes de chicos insignificantes, deberes que venían corregidos con minuciosa paciencia y con invariable honestidad, en largas horas nocturnas que aquel maestro quitaba a los trabajos de creación humanística...¹

Aunque comenzó como poeta (*El nacimiento de Dionisos*, no publicado hasta 1958), el sello más visible de su obra se encuentra en el campo de la crítica, donde figuran títulos tan cruciales como *Ensayos críticos* (1905), *Horas de estudio* (1910) y su imprescindible *La versificación irregular en la poesía castellana* (1933). Otro libro suyo de singular importancia, publicado primero en inglés y traducido posteriormente al español, es *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1945), texto que ha pasado a ser ya un clásico en lo que a materia de

¹ Ernesto Sabato, “Significado de Pedro Henríquez Ureña” en *Itinerario*, *Sur*, Buenos Aires, 1972, p. 208.



Pedro Henríquez Ureña a los veinte años, 1904

teoría e historia literarias se refiere. Si bien publicó una sólida y copiosa obra sobre la literatura hispana, se interesó particularmente por los asuntos de la métrica, materia dentro de la cual dio a la luz por otra parte *Antología de la versificación rítmica* (1918).

Creador, en los terrenos filológico y lingüístico, de un legado tan luminoso como ecléctico, la personalidad del mayor de los Henríquez Ureña ha soportado mejor el paso del tiempo, en buena medida porque sus aportaciones son más sólidas y también han permanecido más vigentes. De la que fue su etapa más productiva en cuanto a trabajo docente y de investigación lingüístico-filológica, y la cual coincide con su estancia definitiva en Argentina (1924-1946), también nos ha legado irremplazables estudios en torno a los diferentes dialectos e isoglosas del español de América. Colaboró muy de cerca con Amado Alonso, con quien publicó los dos volúmenes magistrales de una *Gramática castellana* (1938) que hasta la fecha se sigue reiteradamente utilizando en diferentes universidades del continente.

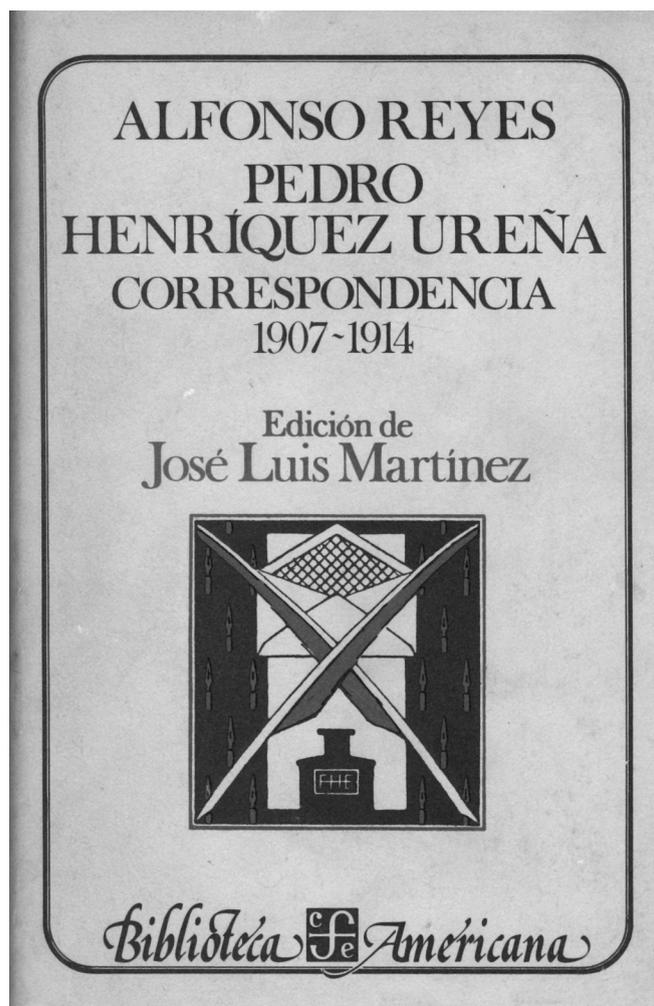
Amante respetuoso y devoto del idioma, del cual tampoco se manifestó jamás entre los academicistas más retrógrados y conservadores, Henríquez Ureña tuvo a bien aceptar siempre todas las formas o variantes —como tales, existentes— de la lengua. En dicha sustancia también se mostró ecuaníme, equilibrado:

El lenguaje era para él uno y dialécticamente vario, y consideraba disparatado que a un argentino se le obligase a hablar o a escribir como si hubiese nacido en Toledo. Sin embargo, su castellano era el que uno hubiera elegido como común a todos, españoles e hispanoamericanos, de haber estado obligados a una decisión. Aquel idioma rico y, sin embargo, sencillo, aristocrático y no obstante lleno de amor por lo popular, delicado a la vez de neta precisión, constituía un paradigma que todos admirábamos. Podría construir sin duda el castellano que uniera idiomáticamente esta vasta patria que él ansiaba unir política y socialmente...²

Célebre permanece de igual modo, y entre lo que en su momento mucho aumentó la notoriedad lingüística de dicho personaje, su actitud crítica en la famosa disputa sobre el supuesto andalucismo del español americano, ya que se erigió en uno de sus principales oponentes. La visión global que Pedro Henríquez Ureña tenía de la realidad lingüística americana quedó patente en sus *Observaciones sobre el español de América* (1921-1930-1931), el primer tratado general —aunque se haya precipitado en algunos de los cotejos finales— de dialectología hispanoamericana. Desde 1925, año en que empezó a publicar sobre *El supuesto andalucismo de América* (1932), hasta el final de su vida estuvo convencido de que el español americano había sido introducido en un tiempo relativamente breve y en forma unitaria, por lo que las peculiaridades debían atribuirse a la influencia de las lenguas indígenas y en parte también a algunas variantes en el asentamiento de los colonizadores.

Pero su texto más meritorio en el campo viene a ser *El español de Santo Domingo* (1940), su última obra de envergadura y una especie de débito para con su origen. No menos valioso resulta *El español de México, los Estados Unidos y la América Central* (1938), obra colectiva entre sus partidarios y para la cual escribió además la introducción y algunas notas sobre el habla popular mexicana.

Todo un estilista, en el más amplio sentido del término —según Alfonso Reyes, “manejaba una prosa inmaculada” —, Henríquez Ureña mostró ser un lingüista de amplio criterio. Quien se declaró admirador de Humboldt y Vossler, sobre todo por coincidir con el espíritu conciliador de estos lingüistas, vio siempre en la lengua la síntesis de tradición y de novedad, de grupo e individuo, en otras palabras, de norma y libertad. Signo vital de la cultura, ésta representaba para él, en última instancia, el mayor acopio del tesoro heredado y lo que el hombre y su comunidad contemporánea creaban dentro de ese cuadro preestablecido. Ajeno a cualquier posición extrema, antagónica, nunca vio en nuestra cultura lo puramente autóctono ni tan sólo lo venido de



² *Ibidem*, p. 218.

Europa, actitudes ambas que para su profundo y suspiroz sentido crítico resultaban equivocadas, nocivas; prefirió al respecto, en su caso, una ubicación intermedia, la desprendida del librepensador que era:

Los que tuvimos la suerte de recibir sus enseñanzas somos testimonios de aquella manera suya de enseñar mediante los buenos ejemplos literarios, no a través de rígidas normas gramaticales. Decía: “Donde termina la gramática empieza el arte”, lo que de paso indicaba que era absurdo aplicar las reglas de la Academia a los creadores... Recuerdo cómo nos hacía leer a los buenos autores, y cómo paralelamente hacíamos el trabajo de composición...³

Erudito que llevó a cabo una del todo encomiable labor en provecho de la cultura y el pensamiento hispanoamericanos, quehacer ampliamente reconocido entre otros por Jorge Luis Borges y su cercano amigo y discípulo Alfonso Reyes —quien lo llamó “el Sócrates de nuestro grupo”—, Pedro Henríquez Ureña tuvo una vida tan rica como azarosa, tan ejemplar como desgastante. Hombre de muy vasta y ecléctica cultura, que alimentó a través de una no menos irrefrenable vocación nómada —semilla providencial dentro del Ateneo de la Juventud, más tarde Ateneo de México—, llegó a México (1906) después de haber realizado algunos viajes y paradas, de vital trascendencia para su propia formación y lo que más tarde transmitiría a sus amigos de grupo. Antes había pasado por La Habana (1904-1905), donde dejó excelentes amigos:

Y a pesar de que debe cumplir trabajos venales para subsistir (redacción de periódicos y luego empleo en una compañía de seguros), va constituyendo, con el apoyo principal del filósofo Antonio Caso, un núcleo que trabaja activamente en su formación intelectual. Los incita a estudios y lecturas más amplios y exigentes, guía sus vocaciones, corrige sus trabajos, abre sus horizontes y les infunde una norma de rigor, precisión y claridad en sus trabajos y austeridad en sus vidas. Los persuade también a los beneficios del trabajo en equipo, que se manifestará sobre todo en las series de lecturas y comentarios de textos clásicos y de filósofos modernos, y poco después, con la organización de conferencias y otras actividades públicas...⁴

En los que fueron los llamados “días alciónicos”, previos a la justa revolucionaria y de enorme beneficio para la conformación de un grupo neurálgico en la obligada apertura del panorama cultural mexicano de cara a un

³ *Ibidem*, p. 219.

⁴ José Luis Martínez, en su estudio preliminar a *Estudios mexicanos*, Pedro Henríquez Ureña, Colección Lecturas Mexicanas, número 65, FCE/SEP, México, 1984, p. 10.



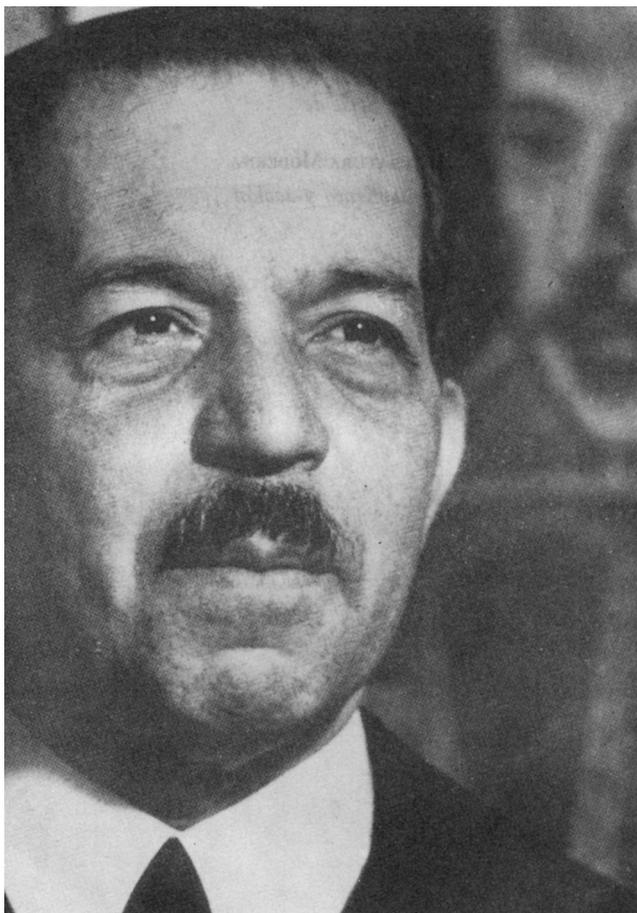
Pedro Henríquez Ureña con José Vasconcelos y Diego Rivera, 1921

nuevo siglo, en 1907 Pedro Henríquez Ureña y Jesús T. Acevedo constituyeron la inaugural sociedad de conferencias que organizaría dos importantísimos ciclos: el primero, en este mismo año, en el Casino de Santa María, integrado por seis que impartieron Alfonso Cravioto, Antonio Caso, Rubén Valenti, Ricardo Gómez Robelo y los propios Acevedo y Henríquez Ureña; el segundo ciclo, en 1908, en el Conservatorio Nacional, estuvo conformado por otras cuatro más, empresa a la cual se sumaron —además de la impartida por el propio Caso— Genaro Fernández MacGregor, Isidro Fabela y Max Henríquez Ureña.

El 28 de octubre de ese mismo 1908 se acabó de constituir el Ateneo de la Juventud —“invención de Caso”, afirmó el propio Henríquez Ureña—, con treinta y dos socios numerarios y ocho correspondientes; en la primera directiva del mismo, Antonio Caso fue el presidente y Pedro Henríquez Ureña, el secretario de correspondencia. Además del antiguo grupo de la Sociedad de Conferencias, se sumaron como nuevos socios José Vasconcelos, Carlos González Peña, Martín Luis Guzmán y Julio Torri, esta segunda nómina de vital alcance.

El Ateneo de la Juventud sólo consiguió organizar dos series de conferencias. La más conocida y famosa, y la única que llegó a imprimirse (1910), ofreció seis distintas en agosto y septiembre de ese año del centenario, a cargo de Antonio Caso, Alfonso Reyes, González Peña, José Escofet y Vasconcelos. La intervención más lúcida fue la de Pedro Henríquez Ureña; en ella figuró su magnífica exposición sobre la obra de José Enrique Rodó.

De las citadas primeras series proviene, precisamente, la causa del texto que ahora me ocupa de Pedro Henríquez Ureña, una conferencia del entonces joven filósofo mexicano —y, por supuesto, miembro funda-



dor del Ateneo— Antonio Caso. Donde el conferenciante se descubre en favor del positivismo crítico de Stuart Mill (1908), y con ello en contra de la primera y más ortodoxa de las tendencias de dicha escuela decimonónica (Comte y Spencer), Henríquez Ureña escribió su inmediato ensayo *El positivismo independiente*, como una sincera y por sí misma esclarecedora muestra de admiración ante la precoz claridad del pensamiento de Caso. De igual modo un pretexto para esgrimir una franca postura antipositivista, que en él venía haciendo resonancia desde casi adolescente —nunca había coincidido con los postulados comtianos—, corresponde a uno de sus textos más lúcidos en materia filosófica:

Aquel hombre superior, que nos puso en guardia contra la estrechez del positivismo, constituye un vivo ejemplo de que no es imprescindible ser partidario fetichista de la ciencia para desear la superación de las grandes injusticias que hay en nuestra realidad social; vivo ejemplo para los espíritus mediocres que en ciertas formas actuales del viejo positivismo acusan de “reaccionarios” a los que ponen los valores del espíritu por encima de un crudo materialismo, a los que imaginen (y demuestren) que no es menester arrodillarse ante la ciencia, o (lo que es más burdo) ante una heladera eléctrica para repudiar la injusticia...⁵

⁵ Ernesto Sabato, *op. cit.*, p. 221.

Henríquez Ureña reconoce cómo el propio pensamiento de Antonio Caso fue transformándose en relación al positivismo, y cómo su segunda serie de trabajos en torno a la materia se tornaron también más severos y a la vez propositivos. Para llegar a lo que el propio Henríquez Ureña llamaba ya el “positivismo independiente”, en cuanto que Stuart Mill y sus seguidores promovieron una apertura tan sensata como obligada —de acuerdo a las exigencias históricas—, festeja la manera como un joven pensador se atreve a arremeter contra un edificio al que antes sólo veía “extasiado” e incluso con susto:

En sus primeras disertaciones, el conferencista presentó la filosofía de Comte como monumento dogmático difícil de tocar, no se sabe si por respeto a la majestad arquitectónica o por temor a la debilidad de los cimientos; ahora, el edificio apareció hundiéndose lentamente, como los edificios coloniales de la ciudad de México, y tal vez próximo a desaparecer de la faz de la tierra. En efecto: aunque Caso no retractó los encomios implícitos y expresos en su anterior exposición de las ideas comtianas, ni ensayó nueva crítica de ellas (salvo una breve discusión de la ley de los tres estados), el conjunto de sus conferencias últimas tuvo por núcleo la afirmación: la fórmula definitiva del criterio positivista es el experiencialismo de John Stuart Mill...⁶

Afín a los que habían sido su espíritu transigente y su propia concepción de las cosas, siempre tuvo claro que, por más esfuerzos de la ciencia por lo contrario, no es posible vencer la subjetividad del conocimiento ni derivar de la experiencia la realidad del mundo exterior, sino solamente el orden que éste nos presenta. Triunvirato positivista, Henríquez Ureña ponía en tela de juicio sobre todo la deficiente formulación hecha por Augusto Comte de su criterio de experiencia y el que aceptara como “hecho incontrovertible” la realidad objetiva; de Spencer criticaba su desfachatez al afirmar la existencia de lo “absoluto incognoscible”, generador a su vez de lo conocido... Sólo Mill, como él mismo, se mantuvo en una situación más equilibrada, pues fue el que estudió con verdadero empeño de crítico, de filósofo a la vez moderno y clásico, el problema del conocimiento, y por lo mismo su positivismo (“idealismo crítico”) ha sido el que mejor se conserva.

Consciente del enorme mal que el positivismo hizo en América Latina, la que en su inmadurez e inocencia abrió las puertas de par en par a un cientificismo por cierto sumamente debilitado al llegar a nuestro continente —de segunda línea—, el humanista dominicano estuvo siempre expectante a los efectos de una

⁶ Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, “El positivismo independiente”, *op. cit.*, p. 238.

escuela filosófica que aquí se convirtió desde sus primeros días en material demagógico:

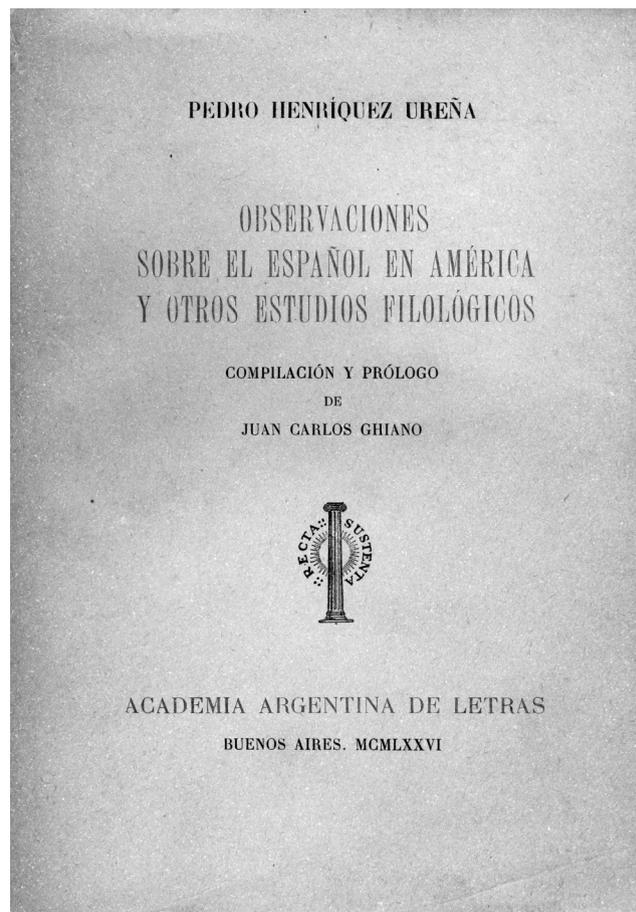
Su platonismo se manifestó desde joven, en algunas de sus traducciones y conferencias. Y es probable que de este temprano amor provenga su repugnancia por el positivismo. Fue uno de los primeros en rebelarse aquí contra ese pensamiento que dominaba los cerebros dirigentes de la América Latina.

Más que una filosofía, el positivismo constituyó en nuestro continente una calamidad, pues ni siquiera alcanzó en general el nivel comtiano: casi siempre fue mero cientificismo y materialismo primario. Hacia fines de siglo la ciencia reinaba soberanamente, sin siquiera las dudas epistemológicas que aparecerían algunas décadas más tarde. Se descubrían los rayos x, la radioactividad, las ondas hertzianas. El misterio de esas radiaciones invisibles, ahora reveladas y dominadas por el hombre, parecía mostrar que pronto todos los misterios serían revelados; poniéndose en el mismo plano de calidad el enigma del alma y el de la telegrafía sin hilos. Todo lo que estaba más allá de los hechos controlables, era metafísica, y como lo incontrolable por la ciencia no existía, la metafísica era puro charlatanismo. El espíritu era una manifestación de la materia, del mismo modo que las ondas hertzianas. El alma, con otros entes semejantes, fue desterrada al Museo de las Supersticiones...⁷

Y todo ello queda expreso en *El positivismo independiente*, donde por otra parte acaban por aclararse otros juicios sumarios de Pedro Henríquez Ureña en provecho de su personalidad intelectual. Hombre de pensamiento diáfano y enorme facultad de vuelo —desde muy niño, con afición matemática y poética—, los conocimientos que aquí enseña en materia filosófica terminan por trazar el hecho de estar ante uno de los maestros e intelectuales por antonomasia de nuestra tradición. Filosofía timorata que tuvo su pretensión mayor en estimular a la ciencia, él vio en Stuart Mill a aquel pensador clásico —también humanista— que acertó finalmente a fijar el criterio positivista, quien se permitió la “osadía lógica” de definir la significación de la experiencia como base de los métodos científicos. Mill representaba para Caso y el propio Henríquez Ureña, por el ajuste lógico de su filosofía —así trasciende, precisamente, su elemental *Lógica*, tan leída en México por aquellos años—, el más perfecto y verdadero espíritu positivista; por ser el más lógico, fue a colocarse dentro del terreno deslindado por la crítica kantiana, en la encrucijada del subjetivismo, del idealismo crítico...

Y si Stuart Mill se definió como el más perfecto idealista crítico del positivismo, reapertura que revolucionó

⁷ Ernesto Sabato, *op. cit.*, pp. 213-214.



el mundo de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XIX, Pedro Henríquez Ureña fue milliano por su similar vuelta a una especie de positivismo liberal, rayano éste ya casi en un neoplatonismo. Se ponen así de manifiesto tanto la magnitud como la profundidad de la lucha que debieron llevar a cabo aquellos primeros pioneros como Henríquez Ureña y Antonio Caso, precedidos por supuesto por el pensador londinense y autor de *Sobre la libertad*. Inútil advertir que su actitud no era meramente la del irracionalismo, que combate al racionalismo de la ciencia desde una pura subjetividad; ni siquiera su ataque estaba dirigido a las formas más notables de la filosofía poskantiana, en buena medida ligadas sutilmente al positivismo (William James o Nietzsche):

Su combate fue contra las formas comtiana y spenceriana del positivismo, y, más que todo, contra las groseras metafísicas del naturalismo científico... Aunque de estirpe platónica, yo me inclinaría a afirmar que su pensamiento estaba muy cerca del personalismo. Así lo señalan su encarnizada defensa del hombre concreto, su posición contra la “tecnolatría” y al mismo tiempo su fe en las ideas y en la razón vital. De modo que si era un enemigo del cientificismo, también era un enemigo del puro irracionalismo. Fue el suyo un equilibrio muy feliz y muy adecuado a su temperamento, tan propenso a sentir la emoción intelectual de una demostración matemática bien hecha como a conmoverse ante los poemas más ininteli-

gibles de Rimbaud... Fue un espíritu de síntesis, que ansiaba armonizar el mundo de la razón con el de la inspiración irracional, el universo de la ciencia con el de la creación artística. Su síntesis de individuo y universo, de razón y emoción, de originalidad y tradición, de concreto y abstracto, de hombre y humanidad, es evidente en toda su obra de investigación y de enseñanza. No era un ecléctico; era un romántico que quería el orden, un poeta que admiraba la ciencia...⁸

Relación magistral de otro enorme talento en quien también han coincidido perfectamente intuición poética e imperturbabilidad científica —escritor de una gran clarividencia, Ernesto Sábato es además físico-matemático de profesión—, el autor de *Sobre héroes y tumbas* precisa sobre las muchas virtudes de un humanista que él tuvo el valor de reconocer:

¡Cuánto tiempo habría ganado si, accediendo a mi inclinación literaria, hubiese seguido a su lado, en alguna de aquellas disciplinas de humanidades que tanto me atraían!... En *El escritor y sus fantasmas* he explicado por qué, en momentos de caos, decidí seguir ciencias físico-matemáticas: buscaba en el orden platónico el orden que no encontraba en mi interior...⁹

Y este espíritu antipositivista, humanista, lo manifestó Pedro Henríquez Ureña en cada uno de sus actos, en cada uno de sus textos siempre luminosos y ante todo afines al autor. Ajeno a cualquier posición demagógica, fue uno de los más acendrados espíritus bolivarianos del continente, y así lo recordaba también, entre otros, Carlos Pellicer: “Peregrino de América”. “Testigo insobornable”, como lo llamó su gran amigo Alfonso Reyes, expresó coraje casi impertinente cuando tuvo que hacerlo, y de igual modo podía ser demoleadoramente irónico y hasta violento cuando se veía en juego el ideal —perfectamente posible— de una “América Latina libre y justa”. En *El positivismo independiente*, como después dejaría ver mucho más claro en otro de sus grandes ensayos doctrinales de tema americano y de sus primeros años en Argentina (*La utopía de América*, 1927), Henríquez Ureña dejó este mundo conforme vivió:

Y así murió un día de 1946: después de correr ese maldito tren entre La Plata y Buenos Aires, con su portafolios colmado, con sus libros. Todos de alguna manera somos culpables de aquella muerte prematura. Todos estamos en deuda con él. Todos debemos llorarlo cada vez que se recuerde su silueta ligeramente encorvada y pensativa, con su traje siempre oscuro y su sombrero siempre negro, con

⁸ *Ibidem*, pp. 216-217.

⁹ *Ibidem*, p. 209.

aquella sonrisa señorial y ya un poco melancólica. Tan modesto, tan generoso que, como dice Alfonso Reyes, era capaz de atravesar una ciudad entera a medianoche, cargado de libros, para acudir en ayuda de un amigo...¹⁰

Y si el sello más visible de la obra de Henríquez Ureña se encuentra en el campo de la crítica, de la ensayística, de la investigación, qué decir de lo hecho por él —sin olvidar, por supuesto, su no menos provechosa labor docente— en el terreno de la difusión. Nómada por vocación y necesidad, por instinto de búsqueda pero también por accidente, subestimó sus propias sensibilidad e imaginación (prosas poéticas, descripción de viajes y sus iniciales versos de corte modernista) en aras de un rigor técnico y de un juicio crítico que dio lo mejor a los amigos en la conversación y en la enseñanza. Donde vivió, creó ambientes, familias intelectuales, discípulos no siempre dispuestos, como era de esperarse, a reconocer la huella —el medio intelectual siempre ha sido particularmente caníbal— de su mentor.

Fue un humanista formado en todas las literaturas, en todas las filosofías, y en su curiosidad por lo humano, que tuvo en América Latina el sentido más vivo de todo esfuerzo espiritual e intelectual, no descuidó ni siquiera las ciencias:

El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Al diletantismo de Goethe, opongamos el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus versiones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía. Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre (y por desgracia, ésa es hasta ahora nuestra realidad), si no nos decidimos a que sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación. Sería preferible dejar desiertas nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos; no los dolores que no alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de su naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia...¹¹ **U**

¹⁰ *Ibidem*, p. 210.

¹¹ Pedro Henríquez Ureña, “La utopía de América”, *Sur*, Buenos Aires, 1931.